

La ciudad, juguete de los mayores

ÉTICA Y POLÍTICA

El hombre quiera o no quiera vive especialmente en las ciudades y en ellas pasa la mayor parte de su vida. El número de «urbanitas», de gente que vive en las ciudades ha ido creciendo en proporciones aterradoras. Europa, que hacia 1800 tenía una población urbana que no pasaba del 3 por ciento ha alcanzado ya el 50 por ciento y en Estados Unidos en 1960 llegaba al 69,9 por ciento. Estas cifras no hacen sino crecer y pronto los campos en todo el mundo quedarán casi despoblados y quien sabe si explotados agrícolaemente desde las mismas ciudades o por equipos técnicos móviles que tengan sus centros operativos en las mismas ciudades. La desaparición de la civilización campesina y su sustitución absoluta por la civilización urbana es uno de los fenómenos más acongojantes de nuestra época.

Mientras el campo se despuebla se produce un movimiento inverso, se vuelve a él como una medida profiláctica que asegure o por lo menos tonifique la salud moral de los urbanitas. Estos vuelven al campo para respirar aire puro, para huir de la contaminación, del ruido, de la agitación nerviosa que producen unos desplazamientos difíciles, un trabajo alienante y despersonalizado y las intempestivas solicitaciones de la sociedad de consumo; también para huir de un marco agrario y estridente donde no encuentra más que fealdad y desorden y donde no tiene lugar en qué poner los ojos con delectación y reposo. Pero este hombre que vuelve al campo esporádicamente no se ha formado en él, ni pertenece a él, ni es, siquiera mínimamente, heredero de una cultura campesina. Es un ser extraño que se encuentra en el campo como de visita y que acaso en su desarticulación con el medio resulta más urbanita si cabe. Ha ido al campo, no por el campo mismo, sino siguiendo un impulso negativo de odio a la ciudad. No ha buscado —entre otras cosas porque no puede— su incorporación a la vida campesina, a la que es totalmente ajeno; ha buscado un artificio evasivo para mitigar sus males como si se tratara de una cura de reposo no muy distinta de la de aquellos sanatorios, tan abundantes en la época en que la tuberculosis hacía estragos, y que sometían al hombre a una situación artificial, pues viviendo cara a la montaña, en la quietud obligada por las prescripciones médicas, gozando del sol y de la naturaleza, su mundo

no dejaba de ser el de la sociedad urbana con sus pequeños problemas, intrigas, rencillas, maledicencias y cominerías, exacerbadas por la propia pasividad y alejamiento. Ahora también surge una nueva sociedad curiosa, que necesitará su Thomas Mann para describirla, que vive los fines de semana en «urbanizaciones», complejos, ciudades satélites que reciben nombres como Playamar, Montesol, Mirasierra, Fuenteclara, Parquelagos, Valdepinos, Solayre y cosas por el estilo, inventadas por los agentes publicitarios en busca de «slogans» atractivos. Estos mismos agentes excitan el candor de las multitudes haciéndoles soñar con que van a ser señores feudales, virreyes de otros tiempos o por lo menos «gentlemons farmers» y al final acaban tan contentos en un chalet de cien metros cuadrados, con tres pinos entecos alrededor, un club social con una barbacoa para asar unas chuletas a la brasa y un salón rústico para jugar al mus para engañar el tedio de unas veladas interminables. Si hay suerte una piscina o un pequeño lago artificial, dos o tres caballos famélicos y una discoteca para la juventud, aumentan las delicias de este panorama encantador.

Pero en fin, bromas aparte, el caso es que se ha constituido un híbrido campo-ciudad que no sabemos todavía como clasificar exactamente ni qué implicaciones va a tener en la conducta y costumbres humanas. Posiblemente en lo que se refiere a nosotros, a lo que está pasando en nuestro país, donde su aparición como fenómeno social es muy reciente, estos lugares presentan un alto «standard» moral, diferente por ejemplo del de las ciudades «champignon» y playas, más o menos de moda, donde el público heterogéneo de turistas y extranjeros, es de costumbres más licenciosas. Mas todavía por el hecho de que los individuos han perdido los nexos y controles de su lugar de residencia y viven en medio del anonimato, en lo que los sociólogos llaman la «anomia» de determinados medios, sobre todo urbanos, con población numerosa y cosmopolita.

El sociólogo tendrá que estudiar estos híbridos de campo-ciudad y la conducta de sus residentes, sus implicaciones en la moral y en la educación como consecuencia de las sociedades que allí se formen. En principio estos hombres son productos de la ciudad trasplantados periódicamente al campo donde se constituyen en sociedades-fin-de-semana vinculadas por nexos más o menos azarosos e independientes, en la mayoría de los casos, de los nexos habituales que rigen la vida de estos mismos hombres en la ciudad.

Pero por el momento no creemos que estas migraciones esporádicas cambien el hecho de ser el hombre un producto de la cultura urbana y por lo tanto la ciudad sigue siendo el cuadro donde se desenvuelve la vida humana y son los hábitos de la ciudad los que transporta con su 600 o su 1.400 al campo y no a la viceversa. Y además este cuadro es cada vez en mayor grado el cuadro de la gran ciudad, que va poco a poco devorando

a la pequeña. Esto no es de hoy ni mucho menos. Ya don Antonio Ponz en su Carta primera del Tomo XV del Viaje de España nos decía a fines del siglo XVIII hablando de Zaragoza lo siguiente: «Si el aumento de la población en las capitales de las provincias se hiciere sin disminución de sus pueblos y aldeas, antes con un respectivo aumento al de sus metrópolis, desde ahora yo podría asegurar a Vd. que Aragón se había aumentado extraordinariamente de diez o doce años a esta parte, que fue la última vez que estuve en Zaragoza, pues en sola esta ciudad se calcula que hay diez o doce mil almas más que entonces; pero el asunto es descifrar cómo crecen las ciudades, si en virtud de su propia felicidad, que resulta del perfecto cultivo, industria y comercio, o por la decadencia de los pueblos que hay en su jurisdicción y distrito, cuyos vecinos se ven frecuentemente en la dura precisión de abandonar sus tristes hogares para buscar el sustento en las grandes poblaciones».

Y más adelante: «Las grandes y desmedidas poblaciones no son las que más me caen en gracia: las comparo a los grandes ejércitos, donde los combatientes suelen contarse a centenares de millares. Estos, sin disciplina, valen poco, y las ciudades populosas sin costumbres, poquísimo. En ambos casos es embarazosa la multitud y en algunos casos muy peligrosa... a poco que se enfríe la vigilancia del Gobierno asoman la cabeza vicios a montones, la confusión, el desorden y cuanta perversidad puede imaginarse».

Es curioso que para Ponz, Zaragoza, a finales del siglo XVIII, era ya una macrópolis erizada de problemas que denuncia con una claridad tal, que nos parece estar oyendo a un hombre de hoy obsesionado por los vicios de las grandes ciudades, su degradación moral y sus incomodidades.

Si el hombre está encadenado a la ciudad y ella es el molde que troquela su existencia, no bastando sus evasiones campestres para condicionar su vida psíquica y moral, aunque puede mejorar sus condiciones de vida física y la de sus hijos con inyecciones de aire puro y con ciertas posibilidades para su ejercicio corporal, que supongan una reserva para mejor conllevar su existencia ciudadana, recaeremos en la decisiva importancia que tiene la ciudad en nuestros días.

No vamos a abordar aquí lo que es la ciudad porque esto nos llevaría muy lejos y en diversas ocasiones ya he dado muchas vueltas al tema enfocándolo desde muy diversos puntos de vista. No olvidemos que, como dijo Walt Whitman, la ciudad es la más comprensiva de las obras del hombre y que nada que se refiera al hombre le es ajeno. Pero la primera preocupación que nos asalta es la de saber en qué medida y hasta qué punto la ciudad es obra enteramente del hombre y en qué planos de la acción consciente o inconsciente se ha originado la ciudad. Todo esto es enormemente problemático. Don José Ortega solía decir que «la ciudad es un ensayo de

secesión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos, tomando de él porciones selectas y acotadas». Esto parece establecer una dicotomía muy radical entre campo y ciudad, pero hay que reconocer que esa parte que se acota es previamente naturaleza y que la naturaleza sigue manteniendo su imperio. Si el espacio acotado tiene colinas como ocurre en Roma o en Madrid, si pasa por su centro un caudaloso río como en París o Londres, si el espacio está a la vera del mar, en un estuario o donde quiera que sea, la naturaleza será determinante. Y es justo que lo sea pues la ciudad será más bella, interesante e incluso agradable de vivir; en cuanto sea más fiel al emplazamiento natural en que se asienta y en cuanto que esa naturaleza, a pesar de la violencia que haga sobre ella el hombre con sus estructuras artificiales, esté más presente.

Si resulta estimulante vivir por ejemplo en San Sebastián, es porque la naturaleza está en esta ciudad muy presente y la bahía de la Concha con su curva gentil, los montes de Urgull y de Igueldo, que recogen la mirada, el río Urumea que presta variedad a la aglomeración urbana, siguen actuando como elementos naturales. San Francisco de California, la ciudad más bella de los Estados Unidos, puede resultar incómoda por sus muchas colinas y calles empinadas por donde suben y bajan los pintorescos tranvías de cables, ¿pero qué vecino de San Francisco cambiaría estos accidentes por las comodidades de una ciudad enteramente llana? Esto prueba claramente que la ciudad es algo más que una máquina y que si los imperativos de nuestra civilización tecnológica ya hacen lo posible por maquinizar la ciudad todo lo que hagamos por contravenir esta tendencia será a la larga una forma de liberarnos de la esclavitud de la máquina, liberación que estamos dispuestos a pagar aunque tengamos que hacerlo al precio de aceptar ciertas incomodidades e inconvenientes de orden funcional.

En su teoría de la ciudad Ortega se apoya en la que podríamos llamar ciudad mediterránea clásica, ciudad pública, locuaz y política. «La urbe —dice nuestro gran filósofo— es, ante todo esto: plazuela ágora, lugar para la conversación, la disputa, la elocuencia, la política. En su rigor la urbe clásica no debía tener casas, sino sólo fachadas que son necesarias para cerrar una plaza, escena artificial que el animal político acota sobre un espacio agrícola». Y luego afirma: «La ciudad clásica nace de un instituto opuesto al doméstico. Se edifica la casa para estar en ella; se funda la ciudad para salir de la casa y reunirse con otros que también han salido de sus casas».

Se mueve, por tanto, Ortega dentro de la órbita de la ciudad clásica, es decir, de la ciudad política. La ciudad donde se conversa y donde los contactos primarios predominan sobre los secundarios. El ágora es la gran sala de reunión y sede de la tertulia ciudadana, que a la larga es la tertu-

lia política. Qué duda cabe que este tipo de ciudad locuaz y parlera ha tenido mucho que ver con el desarrollo de la vida ciudadana, y que en la medida en que esta locuacidad se pierde decae el ejercicio de la ciudadanía. Por eso las ciudades de la civilización anglosajona, ciudades calladas o reservadas, tienen de vida doméstica lo que les falta de vida civil. Esta distinción entre ciudades domésticas y ciudades públicas es más profunda de lo que parece y no ha sido suficientemente exployada por aquellos que se han dedicado al estudio de la ciudad. Una es ciudad de puertas adentro y otra es ciudad de puertas afuera. Aunque a primera vista resulte paradójico, la ciudad exteriorizada es mucho más opuesta al campo que la ciudad interiorizada. La cosa es obvia: para los vecinos de la primera, el verdadero habitat es el exterior, la calle y la plaza, que, aunque no tiene techo, tiene paredes (fachadas) que lo segregan del campo circundante. Sin embargo, la ciudad íntima tiene su habitat en la casa, defendida por techos y paredes. No necesitan segregarse del campo, ya que éste, en el fondo, es aislante que ayuda poderosamente a la intimidad. Por consiguiente, la ciudad de las fachadas es mucho más urbana, si por tal se entiende una entidad opuesta al campo, que la ciudad de los interiores. Por tanto, es perfectamente comprensible que para todo hombre latinizado y mediterráneo lo esencial y definitivo de la ciudad sea la plaza y lo que ésta signifique, de modo que cuando falta no acierta a comprender que una aglomeración urbana puede llamarse ciudad.

Ya tenemos, pues, sentado que la ciudad es un hecho político y que es política, sobre todo la ciudad clásica mediterránea, locuaz y parlera. Este tipo de ciudad no es sólo un hecho político sino que es en ella donde toda política tiene su asiento, por lo que no es de extrañar que del nombre griego de ciudad, polis, haya surgido el sustativo de política que significa la actividad o ejercicio de los hombres para gobernar y administrar la cosa pública.

Aristóteles ya definió la ciudad como «un cierto número de ciudadanos, de modo que debemos considerar a quién hay que llamar ciudadanos y quién es el ciudadano». «Llamamos, pues, ciudadano de una ciudad al que tiene la facultad de intervenir en las funciones deliberativa y judicial de la misma, y ciudad en general, al número total de estos ciudadanos que basta para la suficiencia de la vida».

La Polis griega es una ciudad donde se discute, se delibera, se gobierna, se administra justicia y florece la cosa pública. Llegando a una caricatura, diríamos que es una ciudad de abogados, donde lo fundamental son las estructuras públicas y lo secundario las domésticas.

El lujo ciudadano radicaba en el templo y el ágora. Con el desarrollo de la democracia en las ciudades-estado de Grecia, aparecen en ellas nuevos

elementos urbanísticos, que indican una colaboración mucho más estrecha del pueblo en los asuntos de la comunidad. Aparte de los templos, que representaban para los griegos la culminación de su mundo espiritual y el orgullo mayor de su creación artística, surgen en la ciudad diversos edificios dedicados al bien público y al desarrollo de la democracia. Generalmente estos edificios se situaban en torno al ágora o plaza pública, que en principio albergaba el mercado y que luego vino a constituir el verdadero centro político de la ciudad. En torno a este ágora se construía el *ecclesiasterion* (sala para asambleas públicas), el *bouleuterion* (sala para asambleas municipales), el *prytaneion* (donde se reunía la cámara municipal). Generalmente está situada también la *stoa*, construcción alargada, que cerraba a veces uno de los costados del ágora, formada por pórticos de una o dos plantas que servían para la vida de relación y para el comercio. Aparte de estos elementos político-administrativos-económicos que formaban el núcleo de la ciudad, constituyendo lo que hoy llamaríamos un centro cívico, tenemos también otro factor importante dentro de la ciudad griega, que es el que correspondía a las diversiones y que dio lugar a la construcción de teatros al aire libre y estadios para los juegos olímpicos.

Como se desprende de todos estos hechos, la ciudad había pasado de ser el amasijo de viviendas humildes dominadas por el palacio-templo de un rey divinizado, como en los imperios orientales, para convertirse en estructura más compleja en la que dominaban aquellos elementos que eran del disfrute general: plazas, mercados, pórticos, edificios de la administración pública, teatros, estadios, etc. En cambio, como es lógico, no aparece en las ciudades de la democracia griega, dada su constitución política, ningún palacio abrumador que represente el poder o la autoridad de un jefe. Demóstenes refiriéndose a los gloriosos días antiguos, dice que en la vida privada era tan ejemplar la moderación de los grandes, su apego a las viejas costumbres tan exacto y escrupuloso, que si cualquiera de vosotros descubriera la casa de Arístides o de Milciades, o de cualquiera de los ilustres hombres de aquellos tiempos, se daría cuenta de que ni el más mínimo esplendor la distinguía de las demás.

La ciudad de la democracia griega se apoya, por consiguiente en una exigencia moral basada en la virtud o *areté* ciudadana. La riqueza y esplendor de los templos es también de índole moral. No se trata de una arquitectura enfática, abrumadora colosalista, como la de los faraones egipcios o de los satrápas de oriente, que elevaban sus ziggurats con un empeño tan sobrehumano, que dio lugar al mito de la torre de babel como justo castigo a la osadía de los hombres. El templo griego simboliza en cambio la pureza y el honor y el arte se convierte en el vehículo de un exigente anhelo de perfección. Todo refinamiento y todo sacrificio es poco para que resplandezca en ellos una llama espiritual capaz de purificar los sentimientos de

los hombres y de unir a la emoción religiosa el encanto de una noble fruición estética, que no niega el goce de los sentidos. Se trata de un equilibrio ético-estético más difícil de conseguir de lo que parece y que en cualquier momento puede romperse.

Esta es la lección moral de la polis, la del equilibrio, la de la proporción, la del horror a la desmesura, lo que pudiéramos llamar el antibabilonismo ¡Feliz edad aquella de las ciudades que se podían abarcar con una sola mirada desde lo alto de sus acrópolis de mármol; donde el número justo de ciudadanos no debe pasar de aquella cifra que permita, según Aristóteles, que el gobernante conozca directamente a sus gobernados! Una ciudad del tamaño de Babilonia debía ser casi incomprensible para la mentalidad griega, ya que el mismo Aristóteles nos dice que no es ciudad todo aquello que puede encerrarse dentro de unos muros, porque a querer se podría construir un muro todo alrededor del Peloponeso. Babilonia era una aberración para el espíritu griego, una realidad inmoral que degradaba al hombre y lo aplastaba convirtiéndolo en esclavo de unos poderes absorbentes y omnímodos. Frente a la ciudad como artefacto de los poderosos, Grecia quiso erigir la ciudad como producto de una sociedad de hombres libres, una ciudad virtuosa de virtudes ciudadanas.

Junto a esta ciudad pública, en la que templos, ágoras, stoas, mercados y stadiums eran los lugares donde se templaba la virtud ciudadana y donde se ejercitaba la salud corporal, quedaba la ciudad privada en un plano de estricta austeridad. Este era el contrapunto moral en el que se basaba la virtud de la ciudad griega, y los ciudadanos que se actualizaban y realizaban en el espacio público daban prueba de una austeridad espartana cuando se retiraban al descanso en sus sencillas y humildes moradas. La ciudad clásica nace, como dice Ortega, de un instinto opuesto al doméstico. Por lo tanto aunque no se llegara en todos los casos al extremo de la educación colectiva y guerrera del espartano, suponemos que el niño y el joven en la ciudad clásica tendría en su educación mucho menos que ver con el medio doméstico que con el medio público, cuyas imágenes y modelos se pondrían a su vista desde su edad más precoz para hacerles partícipes de un estilo de vida del que la polis era elocuente expresión. El gimnasio luego y el stadio, no sólo fortificarían su cuerpo sino que le pondrían pronto ante la realidad del sesgo comunitario de su existencia y le abrirían pronto los ojos a las responsabilidades de esta existencia. Suponemos también, que en ese aspecto la ciudad griega sería una permanente escuela de conducta y una imagen plástica y vivaz, por lo tanto ejemplar y educadora, donde trancurrían sus primeros pasos en la vida.

Hoy esto nos parece enormemente alejado, pues nuestras ciudades no suponen, en ningún caso, no sólo para el joven pero ni siquiera para el

adulto, una imagen plástica educadora; no ennoblecen ni dirigen sus sentimientos hacia ningún lado y no puede el niño extraer de ellas ningún tipo de estímulos por la misma fuerza de la imagen. Hoy que tanta importancia tiene la educación por la imagen a través de todos los medios que facilita nuestra tecnología, el fotograbado y los más perfectos sistemas de impresión, el cine, la televisión, etc., etc., la ciudad, por contraste, ha dejado de ser una imagen válida para el perfeccionamiento del espíritu y para la educación estética. Ya volveremos sobre ello.

Sin duda el exquisito equilibrio griego fue bastante efímero e incluso en los estados helenísticos creció la desmesura, como una constante amenaza del mundo oriental. Se desarrolló el culto a la personalidad del poderoso y se asestó un rudo golpe a la dignidad del hombre como ser libre en un concierto de hombres libres. El Coloso de Rodas, el Mausoleo de Halicarnaso, la ciudad de Pérgamo, de Atalo I, son pruebas no obstante sus cumplidas excelencias, de esta ruptura del equilibrio.

En Roma la ciudad lucha entre la mejor herencia griega de la virtud y la austeridad y la fuerza de una realidad política diversa que es necesario exaltar y conmemorar. Por una parte Tito Livio decía de Roma que «no hay ninguna plaza en esta ciudad que no esté impregnada de religión y que no esté ocupada por alguna divinidad... los dioses, la habitan», lo decía seguramente sintiéndose el heredero del especial carácter sacral que para el griego tenía la ciudad al incorporar a su cuadro la presencia humanizada de sus dioses; pero por otra el sistema imperial romano produjo la peligrosa, pero acaso inevitable costumbre, por la misma dinámica del sistema, de elevar a los emperadores a la condición de dioses, con lo cual prevaecía de nuevo la desmesura oriental.

Roma empezó a ser un juguete en manos de los emperadores y los poderosos. En Roma los planteamientos colosalistas que se habían iniciado en el mundo helenístico adquieren un desarrollo considerablemente mayor y sobretodo se convierten más explícitamente en instrumento de un designio político. La ciudad austera y virtuosa de la democracia se convierte en la ciudad monumental y despótica, manejada como un grandioso juguete por las clases dominadoras.

A la ciudad real se superpone otra ficticia que, desoyendo las miserias de aquélla, despliega y exhibe la grandiosa parafernalia de sus foros, templos a los emperadores divinizados, basílicas, termas, palacios, coliseos, anfiteatros, teatros y circos. Es una ciudad lúdica donde el emperador no sólo se divierte dando rienda suelta a sus deseos megalománicos, sino que hace divertirse a sus súbditos, no para mejorar en los juegos y ejercicios su estatura física y moral, sino para excitar sus pasiones y hacerlos más dóciles a sus designios. No para que el juego sea actividad sino espectáculo,

como sucede hoy con el espectáculo deportivo de masas, nuevo y eficaz opio del pueblo. La ciudad imperial romana es en gran medida una ciudad artificial, un arte-factus o por lo menos un artefacto superpuesto a una ciudad real o natural cuyas lacras trata de esconder. No es, desde luego una ciudad virtuosa —virtuosa de virtudes cívicas— aunque no sabemos del todo si es una ciudad inmoral, porque esto es un asunto bastante delicado y problemático. El deseo de monumentalizar, de crear y ordenar grandes espacios que impresionen por su majestad y simetría puede ser en sí pernicioso si se desatienden otras realidades sociales y otros beneficios públicos, pero tampoco se puede condenar con un espíritu puramente utilitario todo aquello que represente un lujo vital permisible a los poderosos que se convierten, muchas veces, en agentes inconscientes de una trascendental misión como intérpretes de algo que está por encima de ellos y a la vez en aparente contradicción con los que soportan sus veleidades.

Por lo tanto el capricho de muchos emperadores, que hicieron de sus ciudades, de Roma especialmente, un costoso juguete no se sabe si a la larga fue el testimonio más brillante de una civilización, que tuvo en su momento que deplorar y sufrir múltiples inconvenientes y desventuras. Cuando los Césares expropiaban, destruían, terraplenaban, allanaban terrenos para convertirlos en ágoras inmensas donde levantar sus triunfales monumentos, sus obeliscos y columnas, no cabe duda que atropellaban humildes y respetables intereses, destrozaban viejos lazos afectivos y familiares y sembraban al mismo tiempo la miseria sin conseguir aparentemente otra cosa que una vana glorificación de sus personas.

Si la historia está llena de tantos anatemas y condenaciones, de tanto clamor e indignación contra aquellos poderes que hicieron violencia contra el pueblo resignado e impotente, esa misma historia está luego necesitada de la obra de aquellos prevaricadores para fundar con ejemplos palpables y palmarios lo más sublime de su filosofía y para demostrar que esa historia ha tenido un motor espiritual de orden superior.

¿Podemos considerar el Monasterio del Escorial como un capricho o un gigantesco juguete en manos de un extraño monarca que en los tiempos modernos resucita algo de la mentalidad arcaica, la magia y el poder carismático de los sátrapas orientales? El Monasterio ciertamente es, o mejor dicho era, un gran juguete, un gigantesco aparato de relojería, para coordinar las efemérides terrenas con el ultramundo. Desde allí se disparaban con tensión litúrgica del más solemne estilo, con regularidad ceremonial y con pulcritud cronológica, los oficios de difuntos que iban a asegurar la salud del alma, la redención de las penas y el disfrute de la bienaventuranza a las personas reales de una numerosa familia dinástica.

Para ello hubo necesidad de muchos dispendios —el juguete funeral era muy caro— que trajeron consigo quebrantos a la hacienda y no pocos conflictos que hoy llamaríamos de orden laboral, de los que don Ramón Carandé y otros historiadores de la economía nos han dado cuenta. Era, pues, el Escorial, con ojos miopes de cortos alcances, una empresa condenable que no traía ningún beneficio a los súbditos de un monarca obseso y alucinado, que quería dejar constancia de su fe en forma indeleble. Podríamos encontrar cientos de acerbas críticas de los contemporáneos de Felipe II que, sin embargo, para ser pulverizadas no requieren ningún razonamiento —es más, la razón está al lado de ellas— sino la simple contemplación del propio monumento que se justifica a sí mismo por encima de los quebrantos de sus súbditos. Es la gran lección que nos ofrecen ciertos fenómenos artísticos difíciles de descifrar porque sobrepasan en su último sentido las motivaciones concretas que les dieron vida. Por eso es tan difícil aplicar en estos casos valoraciones de tipo ético ni menos a partir de conceptos simplistas ni fórmulas maniqueas.

En ese sentido la labor urbanística de los emperadores romanos, debido a sus múltiples contradicciones, a sus enormes contrastes entre el lujo y la miseria, entre el esplendor de los edificios públicos y las solemnes orquestaciones arquitectónicas para glorificación del Estado y la miseria, hacinamiento, insalubridad, en la que se veían obligados a vivir no sólo la plebe sino incluso los ciudadanos menos pudientes, no puede condenarse sin paliativos. No encontramos la virtud, la *areté* que resplandece en los mejores momentos de la polis griega, pero esta urbe donde reinan los contrastes más crudos y las injusticias más flagrantes como resultado de una política de prestigio y autoridad que todo lo sacrifica al sentido hegemónico de Roma, tiene también aspectos que la ennoblecen y la redimen. No es, por lo tanto éticamente condenable en masa y el legado urbanístico de Roma no sólo no se rechazó por la posteridad sino que incluso fue considerado como un ideal, evidentemente inasequible en tiempos de postración pero siempre acariciado como una meta. Así lo demuestran los modestos intentos de Carlomagno en Aquisgran y los planteamientos urbanísticos del Renacimiento, de la Corte Papal durante el barroco o de las capitales de los grandes estados europeos en sus momentos de mayor esplendor, siempre sobretodo que un poder fuerte y hegemónico quiso dar prueba palpable de su existencia. En cualquiera de estas circunstancias nos encontramos con que la ciudad se convierte en el gran juguete de los poderosos, sin duda porque el juego no es sólo privilegio de los niños sino algo que el hombre ha heredado de su estructura infantil y de lo que no puede desprenderse sino cuando la vida le ha privado de todo aliento, de toda esperanza y de toda posibilidad. Por eso los poderosos, los que todo lo pueden y lo poseen son aunque nos parezca paradójico aquellos que pueden en determi-

nados modos prolongar más su estructura infantil y gozar de la delicia de seguir disfrutando del juguete como estímulo o aliciente vital.

Hoy en día nos hemos dado cuenta de hasta qué punto el hombre maduro ha encontrado en el automóvil un juguete que ha prolongado su existencia infantil. Creo que en esto radica en buena parte el aliciente del automóvil para tantos y tantos hombres oscuros y desilusionados que, gracias al nuevo juguete a la medida de su edad y sus circunstancias, han vuelto a las alegrías ingenuas de la infancia. No hay más que ver como cuidan, limpian y adornan el automóvil con sus propias manos convirtiéndolo no en un objeto de uso sino en un objeto de juego. Todos tenemos el recuerdo de cuando, ilusionados por un nuevo juguete, lo acariciábamos, lo mirábamos y remirábamos y movidos de un instinto de amorosa posesión consagrábamos este sentimiento llevándolo a la cama con nosotros. Hoy en día pienso que el hombre con automóvil nuevo si pudiera se lo llevaría a la cama.

Como arquitecto he tenido también la experiencia frecuente de que la persona o la familia que puede hacerse una casa, uno de esos chalets de los que hablaba en el principio de esta charla, transfiere a la construcción de esta casa propia muchas de las vivencias o sentimientos de su remoto pasado infantil. La casita de campo es otro de los juguetes que el hombre adulto puede permitirse hoy cada vez en mayor escala. Juguete que participa de las resonancias de aquellas construcciones que le entretenían de pequeño, lo mismo que el automóvil responde a las juguetes mecánicos y que como aquéllos termina al fin por ser descompuesto y desarmado por el placer de urgar en su interior y ver lo que sus tripas encierran.

En la misma línea, pero en una escala naturalmente mucho mayor y de más grave responsabilidad, el hombre ha tenido como máximo juguete la construcción de la ciudad, el más fabuloso juguete que puede envanecer a un hombre o a un grupo de hombres poderosos. ¿No es esto una afirmación extremada puesto que la ciudad es algo que excede por su complejidad a la acción individual de un hombre solo o a un grupo de hombres? Es evidente que estamos ante algo extremo y que generalmente no se trata —son casos muy raros— de una ciudad entera sino de transformaciones y reformas parciales en ciudades existentes que en alguna ocasión son tan considerables que afectan muy considerablemente a la ciudad como un todo. Es lo que hicieron los emperadores sobre Roma en la que como sobre un palimpsesto escribieron sus grandes «tiradas» arquitectónicas.

Es cierto que esta estampación de estructuras artificiales sobre el cuerpo vivo de la ciudad fue debida en la mayoría de los casos a sistemas de poder autoritario y realizada por quienes gozaban de un poder absoluto capaz de llevar a cabo estas empresas con miras de prestigio y propaganda

política. De estos hay bastantes ejemplos en la historia y quizá los últimos monarcas que con este espíritu llevaron a cabo grandes realizaciones de tipo monumental, para lustre y magnificencia de sus cortes, fueron los del período barroco a partir del Luis XIV y todos los príncipes europeos que le imitaron, sobretudo en las Residenzstädte alemanas. ¿Puede considerarse esta estampación de grandes módulos urbanísticos con un criterio cortesano y ceremonial como algo que va contra la ética que debe presidir las realizaciones urbanas por tratarse de un capricho que desdeña de las realidades sociales? No es tan fácil de juzgar ni menos de condenar. Muchas de estas realizaciones son hoy orgullo de ciudades como París, Versalles, Dresden, Praga, Karlsruhe, Nancy, Copenhague, Bath, etc. y constituyen sin duda un valioso legado cultural. La ciudad no debe ser sólo una máquina funcional donde se cumplan las necesidades de la sociedad en todos los niveles, sino así mismo un cuerpo investido de un sentido espiritual que en muchos casos pueden proporcionarnos los legados históricos, acomodando las viejas estructuras a las nuevas formas de vida con una prudente adaptación pero sin desvirtuar su verdadera esencia.

Por eso la defensa de los antiguos núcleos urbanos no es sólo una necesidad de orden cultural sino que puede convertirse en el punto de apoyo para la evolución de nuestras ciudades y en la reserva espiritual de las mismas, que cada vez van resultando más áridas y deshumanizadas.

El capitalismo desgraciadamente ha venido haciendo todo lo contrario, puesto que las ciudades han seguido siendo juguete de los mayores pero ahora no de monarcas, ni príncipes pagados de su gloria y de su grandeza sino de grupos financieros, de esa «managerial class» constituida por los altos representantes de los grandes intereses, «chairmans» y ejecutivos de las industrias más fuertes, bancos, sociedades de crédito y grandes empresas que hoy, más que nunca ejercen una enorme influencia sobre la evolución urbanística de nuestras ciudades, sin que la política —falta de auténtica base popular y sin el revulsivo de ese tan decantado contraste de pareceres e intercambios de criterios— pueda hacer nada para frenar el proceso, bien por falta de autoridad, bien por ser los políticos parte integrante de esa misma cadena de intereses económicos. Las ciudades son hoy por hoy en el mundo capitalista juguetes en manos de esa «managerial class» y de ese concierto de altos intereses.

Pero en este caso la ciudad entendida como mercado de valores inmobiliarios, como objeto de pura especulación se hace culpable de graves pecados, que ni siquiera son redimidos por ninguna realización artística de alto nivel como por ventura sucedía en muchas ciudades del pasado donde los poderosos cometían pecados que eran salvados por los grandes artistas que estaban a su servicio. En las ciudades anarco-capitalistas como llaman

los urbanistas soviéticos a las nuestras, con denominación mordaz pero no carente de sentido, la especulación ha llegado a extremos de degradación insoportables. Nuestras ciudades se han hundido como consecuencia del caos estructural y han perdido todo sentido espiritual destruyéndose las posibilidades de una vida noble, humana y armoniosa. El juego de los intereses ha sido un juego de fatales consecuencias para la vida ciudadana que ha naufragado estrepitosamente. Desde el punto de vista ético el balance es totalmente negativo, en un grado que no sucedía cuando las ciudades las construían los emperadores, los papas, los príncipes y los señores del pasado.

Entre los muchos y graves pecados de la ciudad anarco-capitalista, que no creo haya superado tampoco la ciudad socialista (si es que ésta existe), no es el menor el de haber desterrado violentamente al niño de sus aceras. Nada menos apto para el infante que vivir al pie de un rascacielos, canto del cisne —esperemos— de una época de depravación y horror y al lado del torrente circulatorio, que como río de chatarra, ruido y humo brama por nuestras avenidas.

Frente a esto no caben más que dos situaciones catastróficas: o el niño es víctima y víctima indefensa de una máquina infernal, o ponemos al niño en reservas aisladas de todo contagio impuro, como si se tratara de una especie rara sin posibilidades de pervivencia en el medio fabricado por sus padres.

La ciudad, juguete de los mayores, se ha construido siempre de espaldas a los niños, pero en aquellas ciudades del pasado los niños podían también jugar y podían sentirse también niños dentro de un marco que no era posiblemente el suyo pero que era sin duda un marco para seres humanos, donde generalmente resplandecía una imagen consecuente con la dignidad del hombre. Esto último nos parece esencial puesto que antes de que la ciudad se convirtiera en una máquina de hacer dinero y almacenar hombres, ya se tratara de la polis griega o de la cives romana, de las medinas musulmanas o de las villas medievales en torno a la abadía o a la Catedral; ya se tratara de las grandes cortes barrocas o de las residencias de los príncipes rodeadas de jardines y fuentes, siempre el hombre procuró, aunque muchas veces no sólo consiguiera, elevarse sobre sus propias miserias.

En cualquier caso la ciudad intentaba ser algo noble elevado y por eso mismo educador y el niño cuando empezaba a vivir no podía por menos de asimilar esas imágenes. Nunca como en los primeros años las facultades perceptivas son más porosas, nunca es mayor la capacidad de asombro, ni las ventanas del alma están más abiertas. Todos recordamos cómo de niños los escenarios y paisajes nos conmovían y parecían grandiosos; todos recordamos imágenes de ciudades que vimos de niños y que al volver

a ellas parece que se han encogido y resultan mezquinas para nuestra imagen idealizada. El niño capta a veces mejor que el hombre lo grandioso y bello y yo recuerdo con verdadera alegría un viaje que hice a Roma con mi hijo cuando tenía catorce años y cómo no salía de su asombro aumentando con el suyo el mío. En un momento me dijo sin poderlo resistir: «¿pero papá, esto que veo es de verdad?».

Consideramos a veces, creo que con notoria miopía, que al niño basta que le proporcionemos parques y lugares de juego con trampolines, toboganes y columpios, alegres y luminosas escuelas, guarderías cómodas, centros recreativos, campos de deportes en lugares aislados convertidos en verdaderas reservas infantiles. Todo esto es útil, necesario, imprescindible, pero el niño necesita algo más, y no podemos reducirlo al estado de simple párvulo sin más horizonte que el de un gentil animalillo que trisca y salta por los campos. Esto es rebajarlo de condición y desconocer sus muchas y muy variadas sensaciones que hacen de él un hombre en potencia que incluso lleva en sus misteriosos mecanismos internos una potencialidad muy superior a la de muchos adultos. Cuando decimos de este o de aquel hombre es un menor de edad cometemos muchas veces una injusticia contra la innata condición de los niños al compararlo al estado de hombres subdesarrollados. Un niño nunca es un subdesarrollado sino un desarrollado de otra manera; son menores de edad no en el sentido peyorativo con que aplicamos esta expresión a los mayores, sino menores en un sentido simplemente cronológico.

Por eso no creo en las reservas infantiles que parecen el desideratum máximo de los urbanistas filantrópicos. El niño podrá parcialmente vivir en estos ambientes reservados, seguros, fuera de la circulación, podrá en ellos estudiar, jugar y hacer deporte pero también en ocasiones deberá participar de la vida toda, de la ciudad de los mayores, porque yo creo que también el niño a su modo es un mayor de edad y debe hacerse pronto a la ciudad de los hombres porque aunque no la hayan hecho ellos y aunque haya sido el juguete de los mayores, también es la ciudad de ellos, que son capaces de entender para bien o para mal, de usar a su modo y de tomarla como alimento para su fecunda imaginación.

Dicen que Maquiavelo abrió sus ojos en las callejuelas de Florencia y que así salió de despierto e inteligente.

Si nosotros educamos a nuestros hijos en el ambiente aséptico, aislado y reservado de inmensos jardines de la infancia creo que no tendremos muchos Maquiavelos. Ciertamente es también que andamos bastante escasos de Florencias.

Fernando CHUECA